



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de la Delicias, 60.—Ap. 547.—Teléfono 1443

SUMARIO**UN PEQUEÑO REPORTER**

Sección vermouth.

FELIX RECIO

Por meterse á redentor.

JOSÉ MOREIRA

El perrito amaestrado.

AGUSTIN PAJARÓN

La mujer honrada.

FERNANDO AMADO

La amistad.

JULIO MATA

El que á hierro mata...

LUIS DE OSSA

Exótica.

TOVAR, CYRANO**Y DEMETRIO**

Varios dibujos y retrato de

Isabel de Flandes.

**ISABEL DE FLANDES**

Una flor del teatro Romea.

5 cénts.



A cualquier cosa llaman primavera los calendarios!

Bastó que ellos anunciasen que estábamos oficialmente en tal época del año, para que tornase el frío, la lluvia y el viento con virulencias no sentidas en pleno invierno, y claro, esta crudeza del tiempo ha traído sus naturales consecuencias; el que no la *diña*, anda en tratos con la funeraria.

¡Qué lástima! ¡Ahora que empezábamos á aligerarnos de ropa, y que la Naturaleza comenzaba á vestirse de ella! Porque el reino animal marcha en razón inversa al vegetal, como habrán ustedes observado. Los árboles y las plantas se desnudan del todo en invierno; cuanto más hie a, más descarnados están, y en cambio, cuando la temperatura convida á quedarse libre de toda envoltura externa, es cuando á ellos les da por abrigarse. En esto hay cierto parecido entre una acacia y una tiple del género chico; cuando más baja el termó-

metro, más desnudas aparecen ante nuestros pecadores ojos.

Lo cierto es que cuando comenzaban los primeros brotes, y los troncos iban tomando la tiesura propia de la plétora de vigor germinador, todo ha quedado en suspenso, y lo que es peor, en peligro de perderse. Fijense ustedes en un rosal cualquiera. En sus pasados días de ambiente tibio, comenzaron á salir los capulitos; pero cuando estaban hinchándose, vinieron los bruscos cambios de temperatura y los pobrecitos han quedado mustios, lacios; se les ha helado la sabia.

Eso es lo que les suele ocurrir á todos los capulitos; se encogen en cuanto les falta el calor natural. ¡Es natural!

Hay, pues, que resignarse, y aguardar á que pase esta racha de frío, de lluvia y de viento, para que entremos en el período de germinación. Esperemos á que el padre Sol, que todo lo fecunda y procrea, resurja viril y potente y haga verdeguear los campos, y brotar las flores, y cantar los pájaros...

¿Qué? ¿Estoy hoy bucólico y cursilito, verdad? Pues es que no hay más remedio que sentirse así. También por acá ha vuelto la racha helada, con vendaval enfurecido, dispuesto á arrasarlo todo, y hay que volver á ponerse el gabán de pieles y abrigarse mucho por no morir de una pulmonía.

Y vamos, fallecer, cuando se ha disfrutado una existencia larga, será muy desagradable, pero es ley de vida; pero irse al otro mundo, atropelladamente, estando en pleno rigor de juventud pujante, sería dolorosísimo y notoriamente injusto.



—¡Qué bonita es, pero qué mal total!

—¡No lo sabes bien! Pieza que cae en sus manos, pieza destrozada.

Tengamos también paciencia y resignemos á aguardar á que vuelva á lucir el Sol. Ahora ¡quién lo dirá! Hemos vuelto á las tinieblas, á las neblinas; no es el padre Sol, son otros padres los que extienden su

TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Elegante y sencillo traje para señora casada... con un amigo.

negro manto sobre el vivir mozo y lozano. ¿Que entretanto aumentan las desnudeces, de juventudes pasadas, sin los alicientes del ingenio más ó menos picaresco, pero con las plasticidades materiales despertadoras de carnales apetitos? Eso que importa.

Hay que abrigare, y luego... á presenciar desafitos con deshabilé. Y si se cons tipa el espectador... ¡Al baño de Marial

Un pequeño reporter.

Biblioteca Regional de Madrid

Por meterse :: á redentor

por más que lo procuro.

Hay cosas que me llegan al alma; no puedo remediarlo

Aunque yo por el tono en que escribo, y porque confiese alguna vez que el adulterio me parece muy bien, hasta preciso en este régimen matrimonial, lleno de ligamientos, en que vivimos, pase ante ustedes por un hombre absolutamente escéptico, no lo soy del todo, no señoras.

Generalmente me sucede que estas expansiones de liberalidad, de desahago, si ustedes quieren, degeneran en sensiblería y que ésta se resuelve luego en un acceso de ira.

Viene todo esto á cuento de lo que les voy á contar á ustedes de la Trini.

Ya saben ustedes á quien me refiero: á la Trini, la amiga de todos nosotros, la que ha cenado una porción de noches en compañía nuestra, y que sabe de la vida tanto como pueda saber el hombre más corrido.



—Oye, Patro, ¿has liquidao ya con tu organillero?

—Valiente hijodalgo; me dejó hasta sin camisal

—¡Mía qué osceno!



El chulo.—¡Te digo que á las diez he *pasao* por la calle y estabas en el balcón!

Ella.—¡Olegario, que no puede ser, hombre, si á las diez estaba trabajando!

Pues bien: la Trini ha tenido la habilidad de ponerme sentimental y lloron como un sauce.

¿Por qué? Porque laví la otra tarde acompañada de una jovencita de quince años, en cuya fisonomía se revelaba el candor á la simple vista.

Procuré indagar quién era la niña que acompañaba á Trini y no tardé mucho en saberlo.

—Es una hermona suya—me dijeron.—Se ha quedado huérfana en Alcabón, un pueblecito de la provincia de Toledo, donde vivía y de donde Trini salió, hace ya quince años lo menos, y su hermana la ha recogido.

Efectivamente: en el tipo de la muchacha se notaba á la legua su procedencia rústica.

A pesar de que Trini la había vestido con lo mejor que encontró á mano, envolviéndola en sedas y encajes, cubriéndola con rico sombrero de plumas, enguantándola por todo lo alto y colgando de sus orejitas ricos pendientes y de su cuello espléndida cadena de oro, rematada en un guardapelo de brillantes, la muchachita llevaba todo aquello con un embarazo grandísimo, y se la veía padecer bajo la indumentaria que su hermana le había impuesto.

Aquello era un crimen; porque, además, ¿qué ambiente podía respirar aquella muchacha al lado de la Trini, por cuyo domicilio desfila todo lo más granado de la juventud alegre y dispada de nuestros días?

Ya tienen ustedes explicado el motivo de mi sensiblería, viendo á aquella criatura

predestinada ya á lo que tal vez repugnase á su temperamento si llegase á tener conciencia de ello.

Pero hay más todavía. Ayer pasaba yo por la calle de Sevilla, cuando tropecé con la Trini.

Iba con su hermanita. Esta encogida y humilde; la Trini arrogante y orgullosa, delatando su condición de mujer *galantisima*, no sólo por el rastro que dejaba de perfumes fuertes, sino por la desenvoltura de sus andares y la audacia de sus miradas.

Sonrióse al verme, y no tuve inconveniente en saludarla.

—¿Dónde vas?—la dije.

—A casa de la Concha.

—¿Con tu hermanita?

—¿Por qué no? Yendo conmigo va segura.

—¿Vais á estar allí mucho rato?

—Probablemente toda la tarde...

¿Irás?

—Sí; iré.

■

Y fui, efectivamente.

En casa de la Concha, la reunión es de lo más *escogido*...

Estaban las de siempre; la *Tal*, la *Cual*, etc., etc.

Y con la Trini su correspondiente hermanita, cuya juventud, virgen aún, hacía



La parroquiana.—¿Tiene usted criadillas?

La pescadera.—Espere la señora, que llamaré á mi marido.



El.—¡Infame! .. ¡Con el ayuda de cámara!
Ella.—¿Y yo qué culpa tengo de que no sea el
muchacho Grande de España?

contraste con aquellas bellézas adiestradas en el amor.

La conversación era todo lo libre que es de presumir tratándose de aquel concurso.

Yo tomé asiento junto á la pequeña, y me admiraba del desparpajo y la tranquilidad con que Trini hablaba de todo, sin reservarse en lo más mínimo.

La escena empezaba á indignarme, y procuré distraer á la muchacha diciéndole algo al oído, pero ella seguía impertérrita, oyéndolo todo y sin inmutarse en nada, ni alterar un rasgo de su fisonomía.

Desesperado, al fin, no pude menos de preguntarle:

—¿Pero cuándo se ruboriza usted de oír todo eso?

La chica me respondió con todo desparpajo:

—No me ha dicho mi hermana todavía cuándo tengo que ponerme colorada.

¶

¿Qué le parece á usted, amiga lectora?

—¡Métase usted á redentor!...

Félix Recio

El perrito amaestrado

Ha sido la mejor conquista que he hecho en mi vida.

Con el detalle originalísimo de que se la debo á un perro.

Este animalito de la raza canina ha suplido en tal ocasión los buenos oficios que suelen hacer á veces un amigo cariñoso ó una amiga «profesional».

Iba paseando tan tranquilo por el Botánico cuando siento de pronto las caricias de un hermoso perro de aguas.

Le doy una palmadita en el lomo, me lame con gratitud y emprende de pronto una carrera, yendo á hacerle las mismas fiestas á una joven elegantísima que, en mi misma dirección, iba delante.

Ella vuelve la cabeza, naturalmente, y me fijo: era una criatura monísima.

El perro vuelve á mí y desde este ins-



El abonado.—Pero, Central, ¿qué es esto?

La Central.—Usted dispense; es que se ha cruzado usted con la señora del sesenta y nueve.

tante establece un *record* de ida y vuelta trayendo y llevando caricias.

Yo no sé si el perro estaría acostumbrado ya á estos *troles*; el caso es que al cabo de media hora había concluido por acercarse á los dos ejércitos beligerantes.

La batalla fué breve; y cuando el perro nos vió juntos hablando de cosas que quizá él entendía por haberlas oído más de una vez, desapareció apenas llegamos á la Puerta de Atocha.

—¿Va usted muy lejos?

—A la estación del Mediodía. Me parece mucha curiosidad la de usted, caballero.

—Lo digo por si era indiscreto acompañarla á usted.

—Nada de eso.

—Entonces usted me permitirá que yo vaya también á la estación.

—Es usted muy dueño.

—Y si toma usted billete para alguna

—¿Sí? ¿Luego no es la primera vez que lo hace?

—No, señor; está amaestrado.

—Permítame usted que alabe su ingenio. Lo que inventa una mujer bonita no lo inventa nadie.

—Esa ha sido cosa de mi marido.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Es terriblemente celoso, y á estas horas ya tiene el perro en casa, que es el mejor correo de que dispone para saber si yo voy acompañada.

—¡Atízal! Luego ¿no tardará en presentarse?...

—Según; porque yo á mi vez sé también burlarme de esa manía suya.

—¿Cómo?

El sabe que yo he salido á esperar á una amiga mía que llega de fuera. Pero le he dicho que viene de Segovia siendo así que viene de Guadalajara.

—¡Magnífico!

—De ese modo puede que él esté ahora en la estación del Norte dando vueltas por el salón de espera para sorprenderme acompañada de alguien que haya intentado hacerme el amor.

—¡Pues se luce! Entonces creo que podremos tomar algo con toda tranquilidad en el café de la estación misma. ¿No le parece?

—¡Ay, caballero! ¡No me atrevo á tanto! Habíamos llegado; pero distraídos ha-

CANDOR



Demetrio

—¡Pues, señor, LA HOJA DE PARRA no pica tanto como dicen!

parte, soy capaz de montar en el mismo tren y seguirla á usted hasta el fin del mundo.

—¡Qué atrocidad!

—Eso y más se merece usted. Sobre todo, me encanta y me atrae el medio originalísimo que ha servido para que entremos en relaciones.

—¿A qué se refiere usted?

—Al perro.

—¡Ah! Es costumbre.



—Guarda, tirados en aquel malizo hay unas botas de caballero y unos zapatos de señora.

—Serán viejos...

—¡Cé, no señor; de veinticinco á treinta años!



—¡Si supieran ustedes en lo que estoy pensando!

blando, resultó que hacía una hora que había venido el corto de Guadalajara.

¿Qué hacer entonces?

Lo primero que se me ocurrió fué alegrarme del incidente, y lo segundo... aprovechar la ocasión.

Y así la dije:

—Señora, creo que debemos dar un paseo juntos.

—Es muy expuesto lo que usted me propone.

—Hay una solución.

—¿Cual?

—Tomar un coche.

—Sí; pero...

—¿Qué aguarda usted aquí?

—¿Que qué, aguardo? Pues... ¡mírelo usted!

En aquel momento el perro llegaba jadeante y á todo correr.

—Es el correo; ahora ya sé que mi marido no se mueve en dos horas de la estación del Norte.

...Y subimos al coche inmediatamente.

José Moreira.

LA MUJER HONRADA

Apenas de la vida en los albores, ella es el hada que á gozar incita de eróticos placeres la infinita diversidad de encantos seductores.

Y si, heridos por rudos sinsabores, vemos turbada nuestra paz bendita, pronto hallamos consuelo á nuestra cuita, en sus dulces y plácidos amores.

Mas el destino, cruel como la muerte, no pudo reservar mayor tormento á ese ángel del hogar que el mundo alegra.

Término medio no hay para su suerte: ó acaba su existencia en un convento dedicada al Señor, ¡ó acaba en suegra!

Agustín Pajarón.



—Charito, anoche soñé contigo.

—¿De veras? ¿Y de qué estaba vestida?

—De Eva.

—¡Ay, qué vergüenza! ¡¡Me verías un lunar que tengo en el muslo izquierdó!

Lea usted el martes

EL LIBRO POPULAR

La amistad

La escena ocurre en un saloncito aburguesado del antiguo paseo Areneros, hoy de mi gran amigo, ó amigo grande, don Alberto Aguilera. Son las nueve y media de la noche. Doña Clotilde, la esposa, acaba de descubrir entre dos hojas de un diccionario francés, una cartita de cierta pecadora... (Carmen D) con quien la esposa supone que su marido estará á horas tales olvidando las amarguras de la vida.

Clotilde apenas tiene cuarenta años: es alta de senos y de redondas y picantes ca-



—No estoy mal de parecido... pero no sé qué le encuentro... tengo un aire de horizontal...

—¡Señora, usted me encargó que lo sacrificase todo á la realidad!

eras; bajo las mangas caladas aparecen sus brazos ajamonados, pero en extremo apetecibles por lo blancos y mórvidos...

Cuando la esposa, presa de justa indignación, abría la puerta del recibimiento para volar escaleras abajo en busca del infiel, hallóse inopinadamente delante de Leonardo X, un íntimo del matrimonio que desde hace tiempo corteja á Clotilde y de quien ésta (digámoslo sin embajes) está enamorada hasta los tuétanos.

—¿Y Emilio?—preguntó el íntimo.

—¿No lo sabe usted?

—No, señora.

—¿De verdad?

—De verdad, se lo aseguro á usted muy formalmente.

—¡Es extraño!...

Las palabras y el acento de Clotilde tenían un retintín inconfundible que puso inmediatamente á Leonardo X en la pista de lo sucedido.

—¿Cómo?—dijo X,—¿está usted celosa?

Por toda respuesta, Clotilde mostró á su interlocutor el fatal papel acusador. Después rompió á llorar.

—Venga usted—dijo X,—hablaremos...

¡Pobrecita! ¡Debe usted de haber sufrido mucho!...

Clotilde se dejó conducir hacia el salón. Sobre la chimenea, bajo una elegante pantalla cuadrangular de seda azul, ardía la luz, tranquila, sin vibraciones ni tembleques, de una lamparilla eléctrica: sobre los muebles y entre los pliegues profundos de los cortinajes parecían reposar esa calma augusta, llena de misterios indefinibles, que custodia el reposo de los instrumentos musicales.

—¿Está usted sola?—interrogó X.

—Sí, señor.

Leonardo quiso informarse de los propósitos que Clotilde tenía para con Emilio.

Ella fué franca: desde luego estaba resuelta á sorprender al adúltero; la cuestión del divorcio, planteada con todas sus escandalosas consecuencias legales, vendría más tarde. Cuando la pobre esposa, deshecha en lágrimas, comenzó á lamentarse de su abandono y del horrible

y desconsolador desamparo que por todas partes la circundaba, Leonardo X se hincó de rodillas.

—¡Quiérame usted!—exclamó;—usted no tiene hijos que la distraigan, ni marido que estime lo mucho que usted vale, ni amigas... ¡Sólo yo... yo solo puedo ofrecer á sus alegrías, como á sus duelos, fuerte, desinteresado y duradero arrimol!...

Ella protestaba, cruzando las manos sobre el acongojado pecho, dirigiendo al techo los afligidos ojos. Después, cediendo á un violento flujo de celos, corrió hacia la puerta, resuelta á volar en busca del

PAUL PONS Y APOLIÓN, RIVALES



Paul Pons.—Apolón... me gana á mí!

infame. Leonardo la asió por un brazo.
—¡Insensata!—exclamó;—¿dónde va usted?

Ella forcejeaba, pugnando por desasirse; él, entonces, la asió mejor, estrechándola contra su pecho apasionadamente... Concluyeron por ser muy felices encontrándose así, abrazados, solos y juntos...

Hasta aquí la historia de cómo cayó Clotilde, no es extraordinaria; es la historia siempre repetida de la mujer mal casada que rebusca en el adulterio algo que mitigue la paz tediosa, á ratos insoportable, de la legalidad. Lo asombroso, lo inaudito, viene después, en la carta que X, cumpliendo escrúpulos inverosímiles de conciencia, escribió á su amigo Emilio explicándole cómo Clotilde cayó y las causas que justificaban esta caída, y decía:

«Yo estaba cierto de que estabas con Carmen y quise salvarte de Clotilde, que deseaba buscarte, ¿qué hacer? ¿Cómo disuadirla de su empeño? Mis ruegos, como mis reflexiones, fueron inútiles... tan grande era su excitación: entonces no tuve otro remedio que seducirla, trocando así, como

por ensalmo, su cólera, en suave quebranto. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?... Por mi parte, juro que le viviría eternamente agradecido al hombre que hubiese hecho en obsequio mío lo que yo, para bien tuyo, acabo de hacer...»

Ignoro lo que Emilio habrá contestado, pero desde luego respondo que entre él y X no ha ocurrido ningún choque desagradable. ¡Voto á bríos!... ¡Y qué aspectos tan raros va presentando en estos desmayados tiempos de estetas la psicología de la amistad!

Fernando Amado.



La doncella.—¿Pero va á meterse en el baño la señora? ¿Olvida la señora que todavía está cazada?

La señora.—Es como más me gusta estar.

Lea usted el martes
EN EL LIBRO POPULAR

Chamberí por Fuencarral

Novela de
PEDRO DE RÉPIDE

El que á hie- rro mata...

Los autores más respetables están conformes en que Cristo le hizo al Occidente un flaco servicio instituyendo la monogamia y la indisolubilidad del matrimonio. Claro es que

GALANTERIA RUSTICA



El paeto.—¿Sabasté lo que le digo señá marquesa?

Ella.—Tú dirás, hombre.

El paeto.—Que por detrás están lo mismo de desarrollo la borrica y usted.

los hombres han tratado de enmendarle la plana al maravilloso Maestro, y así sucede que cada señor casado procura tener una doña Cuya con quien pasar algunas horas de la tarde.

Don Hipólito, como todos los maridos (¡jojo, amigos lectores!), tenía un lio, Joaquina, por quien don Hipólito, aprovechado representante de una fábrica catalana de aparatos eléctricos, andaba «bebiéndose los vientos.»

Se veían todos los días después del almuerzo, de tres á cuatro. Don Hipólito, á

despecho de sus cuarenta años, era para Joaquina más dócil y manejable que un muñeco de goma, y capaz, por el gusto de hacerla sonreír, de acometer los mayores despropósitos. Y esto sabido, procuremos imaginarnos el entrecejo que pondría nuestro hombre cuando noches atrás, uno de esos amigos, descendientes en línea recta de Caín, que sólo están contentos cuando saben alguna mala noticia con que asesinar á un hermano, le dijo al oído:

—Don Hipólito: yo, que sé cuánto quiere usted á Joaquina, le aconsejo que la observe de cerca.

—¿Por qué?

—Porque Joaquina... no es digna de la confianza que pone usted en ella.

El delator no quiso ó no supo decir más, pero con lo insinuado bastó para que don Hipólito se instalase aquella misma noche en los balcones de un cuarto desalquilado desde donde atalayaba fácilmente la casa de su amiga. Aquel día no advirtió nada sospechoso; al siguiente, tampoco. Entonces, lleno de zozobras y creyéndose víctima de



El baturro.—Y este señor ¿quién es?

El cura.—San Juan Crisóstomo. ¿Qué te parece?

El baturro.—¡Rediez! Que de cintura pa arriba cualquiera pue ser santo.

alguna burla infame, habló con la portera, regalándola un billete de veinticinco pesetas y confesando de plano y porrazo sus temores: mas la astuta mujer, aun cuando



—[También es casualidad, siempre que me voy á estirar la media les pillo á ustedes mirandol

aceptó sin ambages ni empacho el dinero del preguntante, nada dijo que fuese propicio ó desfavorable para Joaquina; y D. Hipólito gubó de marcharse mesándose las barbas de cólera y segurísimo de que la vil portera se hallaba vendida al oro enemigo. Al fin don Hipólito supo por confesión de una de las personas que él había destacado á la rebusca y captura de la infiel, que ésta iba casi diariamente, de seis y media á siete de la tarde, á cierto salón de peinados establecido en el piso entresuelo de una calle muy céntrica. También iba al mismo sitio y hora, un militar, buen mozo y gran tenorio, á quien conocen mucho de vista los concurrentes á las Cervecerías de mi amigo Candela.

Armado de tales informes, don Hipólito fué á emboscarse en lugar conveniente y allí permaneció dos largas horas, los ojos puestos en el portal de la casa donde el salón de peinados se hallaba establecido: mas como de allí entraban y salían muchas mujeres de todas edades y calañas, nada pudo sacar en limpio: dos tardes consecutivas regresó á su observatorio, y ya empezaba á familiarizarse con las parroquianas del salón: ésta era la del vestido gris; aquélla la del sombrero blanco... También vió una mujer, ni alta ni baja, ni plebeya ni cursi, en quien don Hipólito creyó reconocer un perfil... También el pobre celoso advirtió las visitas repetidas de un caballero vestido de negro, que bien podía ser un militar con traje de paisano. A la tarde siguiente la dama misteriosa (más misteriosa aún por lo vulgar), llegó en coche, y casi al mismo tiempo apareció por la esquina opuesta al caballero con traje de paisano y aire marcial.

Don Hipólito creyó reconocer á la tapada: aquel pie lindísimo que entrevió rápidamente cuando se apoyaba en el estribo

TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Sencilísimo traje para señora viuda.



Ella.—¿Conque ha visto usted á mis hijas? ¿Y cuál le gusta más?

El.—¡Las dos, las dos las tiene usted muy hermosas!

del vehículo, aquella silueta elegante y sencilla y luego, el modo de andar... y la hora...

—¡Sí, indudablemente —murmuró don Hipólito;— esta vez no me engaño: es Joaquina!...

Con tal pensamiento cruzó la calle, atravesó el zaguán, subió las escaleras con el ímpetu del soldado que trepa al asalto de una muralla, y penetró en el salón de peinados, cuya puerta de cristales estaba entornada. Una individuo cuarentona (la dueña, sin duda), le salió al encuentro.

—¿Qué deseaba usted?...

Don Hipólito, á quien la cólera cegaba, repuso:

—¡No sé lo que quiero!... ¡No lo sé!... ¿Dónde está mi mujer?...

—¡Su mujer!

—¡Sí, mi esposa!... ¿Dónde está y con quién?

Lo dijo así comprendiendo que de este modo daba á su pregunta la fuerza poderosa de la ley. La interrogada no pudo contestar; estaba intensamente pálida. Don Hipólito se precipitó hacia las habitaciones interiores; la dueña empezó á gritar:

—¡Caballero, caballero!... ¿Con qué derecho?...

El temblor de su voz era más de espanto, que no de cólera. Don Hipólito empujó una puerta: y... ¡cuernos de Barrabás!

(como dicen los maridos en los dramas de hierro viejo) allí estaban el caballero vestido de negro que vió momentos antes, y una mujer: la verdadera mujer de don Hipólito, la auténtica... ¡no Joaquina!...

El que á hierro mata, lector... ¿Por qué empujaría el pobre don Hipólito sus investigaciones tan adentro?...

*Si quieres ser feliz como me dices,
no analices, muchacho, no analices.*

dijo Bartrina: sin duda por esto, por no ahondar en la vida demasiado, prefirió aquel gran poeta morir tan joven.

Julio Mata



—¡El muy falso! ¡No acudir á la cital y para esto he hecho comprar á mi marido un corsé?

¿QUE HORA ES?

Dormitaban dos baturros en la posada de Ramos, y á la mitad de la noche intranquilos despertaron:

—Celidonio, ¿no has oído?

¿Cuál será la hora que ha dado? Me paice que la una.

—¿Estás seguro, Luciano?

—¡Rediez! ¿Pues no lo hi de estar? ¡Doce veces ha sonado!

Miguel de Zárrega.

Exótica La celestial Clara Mignon, Mignonette, como la llaman sus amigos acaba de enamorarse de un modo estupendo y nunca visto.

No había conocido aún Mignonette las dulces alegrías de la posesión bien correspondida. Lanzada al mundo del flirteo por un empujón violento de la necesidad, iba haciendo feliz á la pequeña humanidad que la rodeaba, sin sentir el menor deseo de poseer su parte de dicha reposada en el fondo de su interior coquetón y modesto. Era la mariposa que vuela sin preocuparse del día en que morirá, lo cual demuestra que estos lepidópteros tienen bastante sentido común y que no van descaminadas las mujeres que se parecen á ellos.

Pero cierto día, apareció en la tertulia de Clarita un joven de aspecto grave, distinguido, casi sesudo. Hablaba poco, pero hablaba bien, y sus palabras, cayendo siempre con aplastante oportunidad y vigor en aquellas conversaciones sin fondo ni frescura, hacían callar durante un instante de todas las bocas.

Esta fué la perdición de Clarita, que le creyó superior á todos sus amigos pasados y presentes. En su espíritu, hasta entonces estéril, había apuntado el embrión de un árbol de sabrosos frutos. Se quedó sola con el joven y, cosa rara en ella, no supo qué decirle; se le cerraron los labios y miró á su acompañante con turbada expresión.

Y Clarita, que no pensó nunca arriba de media hora seguida y no en cosas demasiado serias, salvo en las cuentas que tenía que pagar, dióse á pensar en que el amor sería con aquel hombre un manantial inagotable de felicidades ignoradas, de sublimes venturas en las que no pudo soñar nunca por la sencilla razón de que ninguno de los varios imbéciles que la rondaban supo inspirarle tan agradables sueños.

El joven la miraba en silencio, interpretando de manera distinta aquella discreción comedimiento.

—Cualquiera supondría que te asusto— dijo al fin ofreciéndola una copita de Jerez.

—¿Por qué?— preguntó ella sonriendo placidamente.

—Te has quedado tan seria desde que estamos solos.

—Sí, es verdad... Pues, mira, no lo en-

tiendo. Esto de la seriedad es una cosa nueva en mí.

—Pero no te sienta mal. La sonrisa continua os perjudica á las mujeres. Si tuvieseis el don de poner os serias á tiempo, ganaríais mucho, estimación, respeto... ¿Crees que no es una gran cosa el respeto? ¿Te han dado de él alguna prueba?

—Nunca, hijo mío... Y te aseguro que no me inquieté por ello.

La conversación siguió por este camino largo rato. De pronto acometiéronle á Clarita vehementes deseos de confesar su pasión incipiente, y la confesó sin reservas,



El viejo.—¡Anda, riquita, aflójate el corsé que has bebido mucho y la has agarradol

Ella.—Pues, hijo, no debe ser muy grande, porque no me he enterado.

con una franqueza de mujer en verdad enamorada; pero el joven sonrió con su perenne gesto de hombre superior, y no la dejó seguir.

—Calla, calla, sé el final de esa declaración... El eterno piso, la modista, un collar de perlas que viste en la calle de Rívoli... ¿Y para eso te has puesto seria? Podías haberme lo pedido riendo como siempre... ¡Quién sabe! Puede que te lo compre. Después de todo me sobre el dinero...

Clarita se puso en pie con ademán hermoso.

—No; no es eso.

Y cogiendo su pañuelo de encima de la mesa, salió del café y corrió á encerrarse en su casa, donde, ¡asómbrense ustedes!

lloró de dolor y de vergüenza. El joven superior partió al otro día para Londres, y Clarita sigue inconsolable. ¿La pérdida del joven? ¿La del collar?...
 ~~~~~

**Luis de Ossa**

Paris, 1.º Abril de 1913.



*El empresario.*—Sí, está usted bien; pero no quiero números de precio, porque mi negocio anda muy torcido.

*La bailarina.*—Pues yo le aseguro que como debute en su teatro, se le endereza el negocio y entra en caja... ¡vaya si entra!

## EL CANTAR DE LOS CANTARES

Lo he oído una vez, una sola,  
 lo he oído una vez hace tiempo,  
 y á pesar de ser larga la fecha  
 en que tuvo lugar el suceso,

aún parecen vibrar en mi alma  
 de sus bellas estrofas los ecos.

Fué una cálida noche de estío  
 que invitaba al amor y al ensueño,  
 en el campo de flores sembrado,  
 bajo un olmo, junto á un arroyuelo,  
 cuyas linfas rientes y locas,  
 imitando rapaces traviesos,  
 bulliciosas y alegres jugaban  
 sobre el blando colchón de su lecho.

Me encontraba de júbilo henchido,  
 feliz como nunca, sentado en el suelo,  
 con la muy deseada en los brazos,  
 cariñoso velando su sueño,  
 contemplándola extático y mudo;  
 con mirada preñada de afecto,  
 refrenando por no despertarla  
 hasta el vago alentar de mi pecho.

De repente, sus labios sensuales,  
 purpurinos, carnosos y frescos,  
 medio ahogando un profundo suspiro,  
 engendrar intentaron un beso;  
 refulgió su semblante de gozo,  
 agitóse, vibrando su cuerpo,  
 cual se agitan las cuerdas de un arpa  
 pulsada con arte por hábiles dedos;

y ensayando una tenue sonrisa  
 cantó así, con dulcísimo acento:  
 Qué hermoso eres, mi amado, qué hermoso  
 qué gallardo, qué amable, qué bueno...  
 sólo tú labrar puedes mi dicha,  
 sólo tú producir mi embeleso,  
 sólo tú cautivar mis sentidos,  
 ámame, soy tu esclava... y te quiero...

**Dionisio Gómez**

---

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

---

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

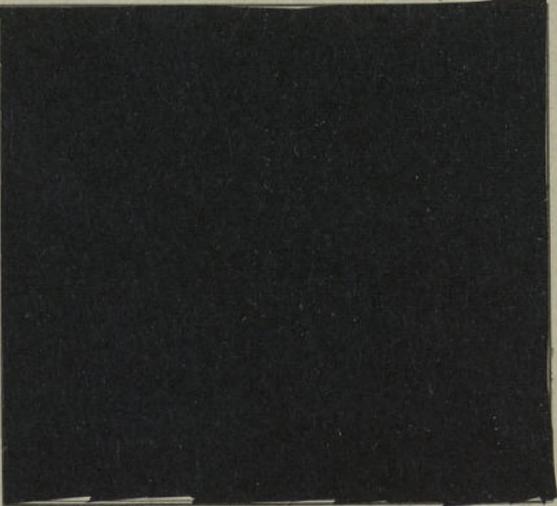
---

# NUESTRO CONCURSO

En vista de que la Autoridad, siempre respetada por los que hacemos LA HOJA DE PARRA, que somos buenos chicos, aunque no lo parezca, ha visto en nuestro Concurso una intención pecaminosa, que nosotros,—¡librenos Dios de tal idea!—no quisimos darle, y se opone á su celebración, renunciamos á llevarla á cabo. Pero como somos formalitos, no queremos defraudar á nuestros lectores, y en lugar de lo que allí ofrecimos, daremos al que tenga la suerte de ser agraciado **todas las noches, durante un mes, butaca para un teatro de Madrid**, incluidos todos ellos.

El canje de cupones podrá hacerse durante toda la semana, del 7 al 12, inclusive, de Abril, en el Kiosko de periódicos de frente á Apolo, de once de la mañana á una de la tarde, y de tres á cinco de la tarde.

El que, por las recogidas de que fuimos objeto los pasados días, no hubiera podido completar la serie de cuatro cupones, podrá aspirar á un número para el sorteo con los que tenga.



Preparamos otros Concursos muy originales para inmediatamente.

